

## EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17-04.

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025 y 27-05-2026

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

“LO QUE NO PUEDO HACER, LO ESCRIBO. Para no volverme loco”. Nuevamente se me viene a la cabeza aquí el viejo lema de amanuenses: “Lo que no puedo hacer...” Y quisiera, desde esta paz del Observatorio del Zoo, intentar explicar su sentido o explicármelo, pues al fin es lo mismo. Casi todos los que estaban con Sergei aquella noche, salvo el Cocinero Malayo que andaba por allí a lo suyo, y a veces se reía solo, enredado con sus cosas, todos conocían con mayor o menor precisión lo que estaba evocando el de Spalato. Pero yo, la amanuense contratada, aunque veterana astur-moldava, he preferido recoger por extenso los registros del relato de Sergei para refrescarme la memoria y religar sus fragmentos.

Y en esta sencilla operación – “No te cortes, fluye a tu gusto”, me dijo Carla, y Corino está de acuerdo – de nuevo me asaltó la curiosidad: ¿Por qué al Paco Barrios, uno de los amigos de juventud de Gina Manfredi –los eruditos del paraíso de las islas dicen que su desvirgador – los primeros relatos del paraíso de las islas le habían sonado a utopía pequeño burguesa? Ahora nadie entendería ya ese juicio, pues el concepto de burgués y burguesía alude a algo irreconocible que hay que explicar con detenimiento partiendo de modelos paradigmáticos antiguos como “sociedad estamental” y “sociedad de clases”, así como devenires históricos con su quiebra misma, ya sólo del interés de los especialistas y arqueólogos. Un orden – utópico, platónico – feudal o estamental y un orden – igualmente utópico – burgués, ambos profundamente, radicalmente elitistas o aristocratizantes, que al degradarse generaban por pura dinámica de supervivencia estructuras mafioso-familiares, habían intentado ser sustituidos por nacionalismos y confesionalidades variopintas, puro neo-primitivismo, capaces de distorsionar cualquier intento democratizador –como se decía, como palabra mágica – que se intentase ensayar. Y era en ese momento o contexto mismo donde el término “pequeño burgués” podía entenderse precisamente como esa frontera del hilo de acero del funambulista como lugar de tragedia posible, sí, pero también de posibilidad de transformaciones, de belleza. Era la verdadera frontera desde la que situarse para observar los diferentes poderes, todos orgullosos y pretendidos centros; centros ciegos la mayoría de las veces al hondón de sus márgenes degradados hasta la miseria y el descampado por su dinámica centripetadora de recursos para endurecer o blindar aún más ese centro duro y cada vez más paranoico. Todos afectados de insaciabilidad centripetadora, creadora de dolorosa realidad al sólo ver en su entorno ganancia o peligro, enemigos. En la frontera hay que ser una buena nadadora o un buen nadador. Esta amanuense contratada astur-moldava es ya experta, peregrina de las fronteras. Tal vez por ello –lucidez del viejo Fito Naser, previsión del gran programador o el gran provocador – estoy aquí, en este ensayo de relato que me fascina, fragmento de fragmento sin calculable final o fin. Tomás Moro y Tomás Campanella fueron dos utopistas muy conocidos y de final desastrado ambos, se lo mire por donde se lo mire, con propuestas utópicas o modélicas con excesos comunitarios tales que llegaban, en el caso de los solares de la Ciudad del Sol, a la comunidad de esposas para la generación. En ambos –paternalistas, estatistas e institucionales – con obsesiones homogeneizadoras en las que el azar era asesinado en el ara de la programación y el cálculo. Estilización de una

realidad, espacios fangosos o laberínticos, voluntarismo de las construcciones racionales. Puertas abiertas a cualquier perversión por el más mínimo deslizamiento de matices en la narración de esa realidad o en su percepción misma.

El dolor de la utopía clásica, casi microcosmos galileano toscamente ordenado; mi experiencia astur-moldava de nomadeo y apalanque final en la vejez –aunque carroza con marcha todavía, que el Fito Naser, ya lo tengo claro, quiso que se distrajera con algo estimulante en este Observatorio del Zoo desde el que escribo – mi experiencia me dice que las historias del paraíso de las islas que hasta ahora se han narrado más que utopía pequeño burguesa pueden considerarse pura anti-utopía o no-utopía, casi distopía, pero tampoco, el estallido de una realidad azarosa y sin reglas, abierta a todo lo más increíblemente divertido si la dejaran respirar en paz, y no la anularan insaciables fundamentalismos, todos catastrofistas y paranoicos, destructores de aquellas divinizadas razón y natura de nuestros clásicos utopistas más optimistas y desdichados. Otro más lúcido lector de los primeros relatos del paraíso de las islas vio en ellos un prontuario o un muestrario de reglas para ser feliz en el infierno, y no me pareció una mala lectura aquella; si no hubiera sido porque eso significaba la demonización de la realidad y con ella la demonización de razón y natura también, que decía el bendito Campanella. De alguna manera creo que las narraciones del paraíso de las islas resultaban ser, precisamente, la gran inversión de una realidad demoniaca o infernal, la única posibilidad de esa gran inversión al menos como proyecto vital viable. Una nadería, lo mismo que su contrario, sin apenas consistencia al margen de una “edad de oro” individual, casi intransferible y perocedera o con fecha de caducidad. Más que un *cómo ser feliz en el infierno* podría ser un *cómo montárselo para driblar ese mismo infierno*, cómo facilitar y potenciar el goce de la realidad y de la vida. Cómo intentar sin más ser normales en un proyecto liminar de sencillamente vivir y dejar vivir, se sobreentiende que de la mejor manera posible para todos.

Ufff... Ya me he desahogado. Sigo.

\*\*\*

- Aquel verano de la celebración, que decía el Antiguo, el tiempo de sus últimas palabras, como se dijo después, yo también estaba aquí – comenzó a decir Pujol, mientras Sergei de Spalato seguía en una suerte de ensoñación al evocar la luna de don Borondón. – También, como Sergei, era mucho más joven. No tan joven como nuestros vaiveners Carla y Corino, por supuesto, aunque estéis sin duda mucho mejor preparados que yo lo estaba entonces para el nomadeo y la acción, como estoy comprobando. Yo estaba por entonces en mi plenitud vital de treintañero, y aquel verano de la celebración, que dijera el Antiguo, en torno a las fiestas y desfiles que casi a diario se hacían aquí, fueron para mí también los últimos contactos con Prisciliano Manfredi, ya mi extutor, antes de su retiro a Knosos. La muerte del Antiguo y el retiro a Knosos del Manfredi se asocian, para mí, con ese verano de la celebración y de las últimas palabras del Antiguo. No hay destino trágico. Hay destino así.

Todos estaban expectantes. La Entrambosaires I se sonrió y le hizo un gesto discreto a Carla, allí a su lado, para que activara sus registros. Siguió Pujol.

- Prisciliano acababa de recibir la noticia poco fasto, aunque aún no nefasto, de la enfermedad que había de terminar minando su cuerpo espléndido y había decidido ya su retiro a Knosos. Acababa de llegar de su último viaje americano y había terminado de coordinar con la casa de don Borondón la media docena de intersticios de nomadeo claves del Caribe y de Venezuela; se sentía algo agotado, aunque seguía eufórico, como siempre había sido. El día que el médico Aldobrandini le descubrió la enfermedad degenerativa, de efectos retardables pero sin cura definitiva conocida aún, Prisciliano quiso visitar a don Borondón en su plataforma y Leila Naser me avisó de todo, pues sabía de mi amor por mi tutor, el hijo de la Gina. No hablaron para nada de la enfermedad descubierta activa en Prisciliano, pero se veía que sabía cada uno que el otro sabía... - Hizo una pausa Pujol, pero continuó enseguida. – Leila Naser no había abandonado nunca la casa del Antiguo desde su llegada aquí, casi una chiquilla, en su huida de Alejandría de un matrimonio apalabrado que no le satisfacía. Siempre había sido, después, la abuela de la casa; Leila I, Leila la Vieja, llegarían a llamarle más tarde, y fue la gran dama de la ceremonia de entronización del Antiguo en la plataforma y su muerte aquel verano memorable. Mitos fundacionales, delirio de las letanías... En la entrevista de Prisciliano con el Antiguo, nada más enterarse por el doctor Aldobrandini que su cuenta atrás había comenzado, también Leila ofició de gobernanta, como a ella le gustaba llamarse; don Borondón había charlado con Prisciliano de recuerdos comunes de Gina Manfredi y, al final de la entrevista, el anciano quiso contemplar el tatuaje de la fertilidad y de la vida que aquel llevaba en la nalga derecha y Prisciliano inició un divertido desnudamiento o estriptís para que don Borondón lo observara con detenimiento de entomólogo por unos segundos prolongadísimos, imagen registrada por algunos de los presentes y que todos contemplamos después muchas veces y desde muchos ángulos porque se había hecho muy popular, siempre las imágenes con algo de procaz fueron imágenes de éxito y regocijantes. A mí me emocionó particularmente la escena, aquel bello cuerpo del Manfredi ya en el inicio de su decadencia, y lloré con el gesto de Leila Naser, emocionada – al fin y al cabo habían sido amantes un tiempo atrás – cuando cubrió la desnudez de Prisciliano con su capa de seda negra mientras le abrazaba.

Blancadoble Sánchez, con un punto de emoción en su voz, le recordó a Pujol que todas las filmaciones de ese momento se podían ver allí mismo, pues tenía copia de todo lo sucedido aquel verano de las últimas palabras del Antiguo, uno de los atractivos mayores de los fondos documentales de los pabellones que ella coordinaba en el módulo en el que estaban.

- Ya lo sé, y en ocasiones vuelvo sobre ellas. Mas me divierten más, sobre todo, los desarrollos digitales que sobre esas imágenes proliferaron luego, con desenlaces divertidísimos, muchos de ellos procaces, incluso, en los años de la euforia como se dice ahora, cuando la gente pareció enloquecer con el sexo redescubierto como juego. Y creo que don Borondón era una especie de profeta juguetón, o algo así, un cachondo mental sin más. Yo creo que nos provocaba. Yo, al menos, ese verano enloquecí en el naranjal, y creo que aquella marcha me

duró los cinco años de mis campeonatos ganados de luchador erótico. Para mí que comenzó todo el día de la muerte de la parejita griega, Constantino y Melina, creo recordar que se llamaban; los encontraron en la playa ahogados y abrazados, y cuando retiraron sus cuerpos en unas angarillas improvisadas que encontraron por allí, pasaron por delante de la plataforma del Antiguo y éste lloró sobre los cuerpos muertos. Se encerró en la plataforma luego, y ya no volvió a pronunciar más palabras. El encierro del Antiguo en la plataforma nos tuvo a todos en vilo durante las últimas semanas de su vida, y cuando nos dio una pista al solicitar catalejos y anteojos de larga vista y pasarse las horas y los días observándonos por el naranjal a todos, comenzamos a organizar para él cabalgatas y espectáculos divertidos al atardecer, que parecían interesarle y distraerle pues no cesaba de observarlos. Y luego supimos también que tampoco cesaba de filmarlos. Yo mismo le pasé, por medio o a través de Erik Anderson, con el único que parecía mantener intimidad y contacto, pues se había instalado ya definitivamente en el pino alto frente a la plataforma del Antiguo, le pasé una cámara digital de las más sofisticadas del momento; luego Erik me confirmó que él le había proporcionado más material. Justamente lo que ahora queremos recuperar; por lo que me he prestado con vosotros a esta actividad que me está poniendo como una moto pero que al mismo tiempo me está agotando. Sé, además, que yo estoy en más de una de esas filmaciones. Y tengo o siento cierta morbosa curiosidad.

El colmillo verde del Pujol refulgía. De nuevo en vísperas de otra celebración gozosa, la de la recuperación de las últimas imágenes del Antiguo. Estaban ya despidiéndose para separarse, cuando apareció como una exhalación Fito Naser e hizo estallar una burbuja olorosa, picante y afrutada, que los envolvió a todos en el porche de la casa, en plena despedida. Era una cursilería que se estaba poniendo de moda, como un detalle o un regalo refinado del visitante, y el Pujol hizo gestos como para apartarse moscas de la cara. “¡Uff, el Naser y sus fragancias tropicales! ¡A dónde vamos a llegar!”

- No quería pasar por aquí sin entrar a felicitaros a todos, a Pujol y a la Consu y a los vaiveners... Os está quedando perfecto. Y tú, Blancadoble, tienes los salones en todo su esplendor. Y la serie de Caninas Esmeralda, perfecta en su sobriedad.

Carla y Corino estaban fascinados por la burbuja olorosa; pensaron incluso que los enervaba, tal fue la sensación del pronto inesperado. Cuando se repusieron, quisieron aprovechar la ocasión de tener tan cerca al Naser para enriquecer sus registros y le preguntaron si recordaba el verano de la muerte del Antiguo, sobre lo que habían estado tratando.

- ¡Bah, yo era un crío! Debía andar por los 7 u 8 años; las fiestas de los mayores, por entonces, nos parecían una pesadez y un aburrimiento porque en esas fiestas todos se ponían muy tontitos. Además, estábamos en la informatización profunda de la casa de los niños y su integración en las redes de las casas de los niños y en la red Kepler, y no parábamos... No teníamos tiempo para las cosas de los mayores y, por ello, ni nos enteramos de la muerte de don Borondón. Sólo años después la apreciamos, pero yo no la tengo en la memoria casi. Sí recuerdo perfectamente la muerte de Constantino y Melina porque eran el papá y la mamá de Héctor, que se quedó en la casa de los niños con nosotros y nos explicó

malamente qué era un papá y una mamá de los antiguos, aunque creo que él tampoco lo tenía muy claro. Así que lo siento mucho, Carla, pero bien poco os puedo ayudar.

Pero Carla insistió.

- Ahora todos conocemos el Naranjal como la casa de Fito Naser, y, a todo más, como antigua de don Borondón.
- Ya, pero eso vino después, y para mí fue siempre la casa de don Borondón. La empezaron a llamar así cuando la casa de la computadora en su expansión se comió la biblioteca, las agrícolas y las demográficas y todas las dependencias que conformaban la casa del Antiguo, la biblioteca habitada que decían o la casa Borges, como hubo una temporada que se puso de moda llamarla, cuando los primeros intersticios de nomadeo argentinos nos llenaron el Mediterráneo levantino y ponentino de vaiveners ché divertidísimos e imaginativos. Fue la casa de la computadora la que fagocitó, como una ameba, a la casa de don Borondón. Y como yo andaba coordinando desde allí las nuevas redes, pues terminaron diciéndole así, la casa del Fito Naser. Eso no son más que meras letanías a las que sucederán otras letanías nuevas, otros gustos y asociaciones. Pero a lo que venía, que muchas felicitaciones a todos y hasta mañana. Yo no me pierdo esa fiesta.

Todavía, antes de separarse todos, Fito Naser se dirigió muy simpático a Carla y a Corino.

- Me dice la amanuense contratada que está muy contenta con los registros que le enviáis, que son muy vivaces.

